

# EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 10 de Septiembre de 1921.

Número 37.

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## Las responsabilidades

«No hay, seguramente, en el Ejército una vez que discrepe del sentir general, francamente manifestado en todas las clases, y del que son órgano los periódicos de todos los matices: hay que exigir las responsabilidades que se deriven del desastre de Melilla. Ha sido éste lo suficientemente imprevisto, lo suficientemente inesperado, para que no haya de quedar en la sombra y en la impunidad, según es añaña costumbre en nuestra desdichada Patria, tan digna de mejor suerte.

Ha habido allí, en esta catástrofe española, imprevisiones, descuidos, abandonos, errores, deficiencias de dirección, faltas de ejecución; han pecado muchos por acción, no pocos por omisión, y es necesario, es indispensable que se determine la parte que haya tenido cada cual en la pérdida de tantas vidas, de tanto oro, de tanto trabajo generosamente acumulado en el transcurso de doce años de sacrificios y de luchas.

Que en esas responsabilidades están comprometidos elementos militares, no hay quien lo niegue. Si nadie puede ponerlo en duda, y el Ejército es el primer interesado en que suja la depuración sea vera, rigurosa, de los actos de cada cual, porque en esa depuración comprende que radica su buen nombre su prestigio ante el país. De esa depuración, detenida y juiciosa, saldrán indudablemente hechos heroicos merecedores de las más altas recompensas; puede que salgan también algunos otros dignos de la más enérgica condenación, del más implacable castigo. Y así como el Ejército quiere que se premie a los que se ejecutaron en el cumplimiento de su deber, para que su conducta sirva de ejemplo y estímulo a los demás, así también pide que se castigue a los que no supieron vencer los desfallecimientos del primer momento, para que esto sirva asimismo de ejemplo a los demás.

Venga, pues, en buena hora, venga cuanto antes esa depuración, que nadie, como hemos dicho, tiene que ganar en ella más que el Ejército. Venga; sí. Y que los que resulten culpables sufran las consecuencias inexcusables de su culpa, que con ello iremos ganando todos, el Ejército y el resto del país.

Pero se equivocarán grandemente los que piensen que esta averiguación de las responsabilidades, y esta exigencia ha de quedar limitada a la esfera del Ejército, ni siquiera en sus categorías inferiores. Culpables son, sin duda, los que desatendiendo el principio inmutable de la Ordenanza, no prestaban su servicio en la paz con igual puntualidad y desvelo que al frente del enemigo. Culpables también, y en mayor grado, los que se contentaban con hacer lo preciso de su deber, sin adelantar cosa alguna por su propia voluntad. Culpables, asimismo, los que en la hora crítica y angustiosa, en la sorpresa del desastre, no alcanzaron a conservar la serenidad y presencia de ánimo suficientes para hacer entender a todos, cuál era en aquellos momentos su deber ineludible. Culpables, y en mayor escala todavía, los que tenían el orden absoluto de conservar su puesto a toda costa no lo hicieron, y los que, puestos en un trance difícil, no aceptaron a seguir el más digno de su espíritu y honor.

Pero bien se alcanza que no son estas las únicas responsabilidades que entraña una catástrofe como esta a la que hemos asistido, que hace mes y medio pesa como una terrible pesadilla en la conciencia de todos los españoles. El hundimiento de la Comandancia de Melilla, como con frase gráfica ha pintado un actor del sombrío drama lo ocurrido en aquella parte del territorio marroquí, no ha de depender solo de la defección de un puesto avanzado de la falta de un subalterno ausente de su puesto, ó del aturullamiento momentáneo del jefe de una posición, ni siquiera de la desertión traidora de tal cual fuerza indígena. No. Las causas del desastre son más hondas. Cualquiera de las enumeradas hubiera producido solamente la pérdida de unos cuantos metros de terreno ó la baja de centenares de hombres; pero no hubiera provocado nunca el abandono de 150 kilómetros de tierra conquistada tan penosamente y la bría de miles de soldados. Hay en esto algo que no depende de la voluntad de los subalternos; algo que hay que buscar más alto, en la política impuesta al mando, en el miedo de los Gobiernos, en la imprevisión de los que tenían la obligación de preverlo todo, de saberlo todo, y aun de adelantarlo todo, y que nada previeron, nada sabían, y no adivinaron nada.

Y esto es lo que deben de tener en cuenta los que ahora no cesan de abogar por que la labor depuradora se lleve a cabo rápidamente, enérgicamente, brutalmente, como decía el Sr. Maura explicador de los tres proverbios a las grandes determinaciones. El país, y con el país el Ejército,

quieren la depuración de las responsabilidades, pero de todas las responsabilidades. Lo que está haciendo el general Picazo en Melilla es sólo una parte de esa depuración, la que menos importa a los altos intereses de la justicia. Ya que ha muerto Meco, castíguese a todos los que han intervenido en la muerte; pero no se deje impunes a los asesinos y se vaya a ahorcar a los que se pudieron certificar la defunción, y fueron las primeras víctimas de errores que no pudieron prevenir y de abandonos que no pudieron remediar.

Enteramente conforme con cuanto se dice en ese artículo de *El Ejército Español*; pero dudo, ¿qué dudar? afirmo que no se exigirán las responsabilidades del desastre en la medida que desea y reclama el importante é imparcial periódico militar. Habría que llegar muy alto y alcanzaría a tantos, que hay que renunciar a toda esperanza. Estas responsabilidades solamente las exigen, y no siempre, los pueblos en revolución.

Y en España hace tiempo que nos hemos olvidado hasta del significado de esa palabra, por estar casi exclusivamente dedicados al robo y al rezo; al robo, para gozar de esta vida, y al rezo, para merecer la que hemos inventado.

## Lo más perentorio

Lo primero que se necesita para la guerra, y lo segundo y lo último, es dinero. Que salga de donde esté, ya que el pueblo da todo lo que tiene y que vale más: la sangre de sus hijos.

A ver, vosotros, lo teneadores de papel que habéis venido cobrando puntualmente los intereses del que acaparáis; a ver qué hacéis. El patriotismo no consiste en cobrar siempre, sino en pagar un día.

Grandes empresas, Trasatlántica, Tabacalera, Azucarera, Banco de España, y todas las que os habéis enriquecido por el privilegio; llegó la hora de probar que sois agraecidos: a desprenderos de una parte de vuestras ganancias.

Los que deben al Estado, a pagar; los que ocultan fincas a los impuestos, a declararlas; los que tienen derecho a cobrar, a no utilizarlo mientras estamos en lucha.

Ministros, directores, subsecretarios y altos empleados que cobráis más de mil quinientos duros anuales; a renunciar lo que exceda de esa cantidad



para que tengan cuanto necesitan los que se bien.

Párrocos que podáis vivir de lo que os producen los sacramentos y el pie de altar; á ceder lo que percibís del Presupuesto; se trata de guerra, y contra infieles; haced lo que debéis, por la patria y la religión.

Esas Virgenes rebosantes de joyas; esos Cristos con alhijas y trajes riquísimo; esas catedrales cuajadas de riquezas en cálices, custodias y artefactos del culto; todos los tesoros, en fin, acumulados en los templos, pónganse inmediatamente al servicio de los que combaten, bien hipotecándolos, bien empeñándolos, bien vendiéndolos.

Esos cabildos con rentas cuantiosas; esos frailes que ejercen industrias pingües; esos jesuitas millonarios; que contribuyan todos con arreglo á lo que poseen para ayudar al vencimiento de los enemigos de Cristo. La vida de un soldado vale más que una corona de brillantes; un brazo, más que una rica pulsera en la muñeca de una Virgen de palo; una piedad, más que un candelabro de oro ó platino.

Esas casas de oración donde se recogen desgraciadas para exaltarlas haciendo casullas y otros lujos eclesiásticos; que arrinconen la labor esa y cosan de balde prendas para nuestros soldados.

Esas Comunidades que albergan á millares de hombres útiles redimidos del servicio por injusto privilegio; que sin perder tiempo pasen al Gobierno relación los que sean para que los destine á los regimientos en que de nuestros su heroísmo como españoles y su fe como católicos.

Esos obispos; que vendan sus automóviles para comprar otros blindados, y tanques, y carros de ambulancia; que se relegen á una habitación modesta en sus palacios para que las demás sirvan de albergue á los soldados heridos; que coman frugalmente para que los debilitados tomen caldo. Y lo mismo los frailes, cuyos conventos se habilitarán desde luego para hospitales, ofrecimiento que ya han debido hacer ellos.

Y los demás, los que vivimos modestamente, vivamos más modestamente todavía; toquemos los linderos de la pobreza, ya que nuestro sacrificio redundará en bien de los que arriesgan su vida.

Y que haya en todos puja de emulación.

JOSÉ NAKENS

## No exageremos

Bien está que la Prensa elogie los actos de desprendimiento que se hagan para ayudar á que la guerra termine cuanto antes; pero no todos, sino aquellos que lo merezcan.

Llamar *patriotas* á los individuos

que no sueltan una peseta sino á condición de que los diviertan, es profanar esa palabra.

Refiriéndome ahora exclusivamente á Madrid, declaro que todas las mañanas recibo una impresión desagradable al repasar el periódico *El Sol*.

Abrió hace muchos días este diario una suscripción para comprar un aeroplano que se titulara *Madrid*, y á pesar de que admite también las cantidades que le envían de provincias, solo asciende hoy jueves 8, á 10.030 pesetas.

Lo cual es una vergüenza para una población donde abundan los aristócratas, los capitalistas, los banqueros; donde se fraguan y se realizan tantos grandes negocios limpios, medio aseados y muy suabes; donde se albergan tantos ladrones disfrazados de acaparadores y tenderos y tantos millonarios merecedores del grillete.

No para uno, para media docena de aeroplanos debería haberse reunido en una semana en esta Villa y Corte.

## La vida tal cual es

### DONCELLA DE BUENA CASA

I

—Dice la señora que vaya usted.

—¿Yo?

—Sí, usted; no sé porque se asusta, ¿no es usted su doncella?

—Sí.

—Pues entonces nada más natural. Tendrá que decirle algo muy interesante, porque también está en el gabinete el P. Peligros.

—Parece que habla usted con cierto retintín.

—¿Yo? Vaya, María; desde algún tiempo á esta parte tiene usted muchos humos en la cabeza.

—Sí, los humos que puede tener una criada mal comida, mal pagada y peor tratada.

—Según de quién.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada, nada. La señora la espera, ya sabe usted que tiene poca paciencia.

II

—Cierre usted la puerta, María, y conteste usted toda la verdad á lo que voy á preguntarle. Primero le he de decir alguna cosa. Cuando yo la traje á usted á mi casa, muy recomendada por las Hermanas del Servicio Doméstico, en cuya casa estaba usted, yo creía que era usted una joven cristiana, creyente...

—Y lo soy, señora.

—Déjeme usted hablar... Creyente y virtuosa: por desgracia me he equivocado. Usted ha faltado á los deberes más elementales de una mujer honesta, ha traicionado la confianza que yo había depositado en usted, y ha

venido usted á traer á mi casa el mal ejemplo, el vicio y la seducción. No lloré usted, ni haga hipocresías ni aspavientos. Anoche alguien vió salir á mi hijo de su cuarto: ¿qué tenía que hacer allí á tales horas? Hable usted, conteste.

—Sí, María, diga la verdad: la señora tiene derecho á saber todo lo que ha ocurrido.

—Pues lo que ha ocurrido es que desde el primer día que puse el pie en esta casa, primero el general su esposo, y después su hijo Carlos, no me han dejado un momento tranquila, me han asediado todo cuanto he podido, me han puesto todos los lazos y asechanzas que su calid de *amos* ponía en mi inocencia. Del general pude librarme; viejo, achacoso, repulivo, me daba asco; pero el señorito Carlos era joven, me demostraba un cariño intenso; fui débil, y céd. Como las doncellas anteriores Carmen y Flora... Eso es todo.

—Pero, ¿usted oye, P. Peligros? ¿Se ha visto un cinismo semejante? Ahora mismo recoja usted su ropa, y se va á la calle; al convento, donde yo no la vea... Mi hijo no es un seductor de criadas... Por lo visto usted creyó que con sus arrumacos pasaría del cuarto del planchado á nuera de un general. ¡Fuera de aquí! Ingrata, viciosa, mala mujer...

III

—¿Pero qué ha pasado?

—Que á la Miri, á la mosquita muerta, la han puesto en la calle. Creo que había vuelto medio loco al señorito Carlos con sus marrullerías. Ya ve usted, á un pobre chico de veintidos años.

—¿Sí, calle usted! ¡Hay cada lagarta en el servicio, que mete miedo!

—¡Y tan buena como es la generala!

FRAY GERUNDO

## PASTORAL

El cardenal arzobispo de Tarragona ha dirigido una á sus diocesanos lamentando el desastre de Melilla. Después de recomendarles que presten su apoyo al Gobierno y no omitan sacrificio alguno que demande el bien de España, añade:

«Mas no descuidemos de acudir á Dios Nuestro Señor, á la intercesión de la Santísima Virgen nuestra Madre y á la protección de los santos. Oremos para que Dios dé todo el acierto á nuestros gobernantes; oremos por el triunfo de nuestras armas; pidámos á Dios por nuestros queridísimos soldados, que sean libres de todo mal y puedan volver pronto y victoriosos á sus hogares, y no nos olvidemos de aquellos que caigan en la lucha perdiendo su vida.»

«Y oremos todos que á todos nos alcance la presente desgracia. Para ello, sin dejar la oración individual, y la oración



con nuestras familias, tan grata á Dios, cuando dice que en donde se encuentran los más congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos, es preciso que acudimos á nuestros templos para acompañar á la oración que hace la Iglesia por boca de sus ministros en representación de todo el pueblo que como tal oración ha de tener más eficacia para obtener la divina Misericordia, sobre todo si el pueblo acompaña en las plegarias á sus sacerdotes.»

«Por esto recordamos con singular encarecimiento la asistencia á las funciones ordinarias que se celebran en nuestros templos, en particular al rezo del santo rosario y á la solemnidad de las Cuarenta Horas, ó, cuando menos, á visitar al Santísimo, cuyas funciones se dirigen en mantener subsistentes las presentes necesidades, á los fines expresados; y disponemos, además:

Primero. Que en las iglesias en que se reze el santo rosario se añada al final una salve á la Santísima Virgen y un padrenuestro á los santos Patronos.

Sigundo. Que antes de reservar el Santísimo por la tarde en las funciones de Cuarenta Horas se recen las letanías de los santos.

Tercero. Que igualmente se recen las letanías de los santos en todas las funciones religiosas de la tarde, si no hubiese precedido el rezo del santo rosario con la salve y padrenuestro ordenados en el número primero.

Cuarto. Que en la santa misa se diga todos los días, sin excepción las dobles de primera clase, por considerarse grave la necesidad, la colecta de la misa *pro tempore belli*, y rogamos que en el *Memento* de difuntos se acuerden los celebrantes de los soldados fallecidos víctimas de la guerra de Marruecos.

Quinto. Que las Comunidades religiosas aviven el espíritu de mortificación y penitencia y hagan las rogativas que acostumbra en casos de grave necesidad.

Sexto. Para las rogativas en nuestro templo metropolitano nos pondremos de acuerdo con el excelentísimo Cabildo.»

Celebraría yo que todas esas baterías espirituales apagasen el fuego de las de artillería que nos han tomado los rifeños, y que utilizan ahora contra nosotros; pero, hablando con toda franqueza, agradezco más á ese prelado la suscripción que ha abierto encabezándola con mil pesetas. Aun siendo una mezquindad en quien reúne anualmente tantos miles de duros, demuestra por lo menos con esto que no tiene gran confianza en que surtan efecto las oraciones, plegarias y fiestas religiosas que recomienda. Igual que me pasa á mí.

Y ahora otra duda mía:

Si alguna madre que tenga un hijo en África encarga una misa para que vuelva sano y salvo, ¿se la cobrará el sacerdote á quien se dirija? Creo que no, dada la recomendación que se les hace en esa Pastoral, de que no omitan sacrificio alguno.

Y si á pesar de esa recomendación se la cobra, y desgraciadamente el hijo muere ¿le devolverá el sacerdote á la madre el importe?

De estar seguro que no, quizás me atreviese á aconsejar yo á las madres que lo retuvieran en su poder hasta el día feliz en que volvieran á estrechar entre sus amorosos brazos al hijo de sus entrañas, y que entregaran entonces doble cantidad de la estipendada.

Cobrar por adelantado un servicio cuya eficacia no podemos garantizar, no me parece ni justo ni equitativo.

Haz lo que yo te mando,  
y no lo que yo hago

Un predicador cristiano,  
el idolo cortesano,

se puso que echaba lumbre  
contra la nueva costumbre

de hacer viajes en verano.  
«¡Ese viaje es un abismo

de pecado y sensualismo;  
es un crimen nauseabundo

que para perder el mundo  
inventó el liberalismo!

¡Veraneos criminales  
que perdéis á los mortales,

no os llaméis, no, veraneos!  
¡Llamaos mejor, paseos

á los antros infernales!  
Pensáis, amados oyentes,

buscar playas esplendentes  
y campiños hechiceras,

y os zampáis en las calderas  
de plomo y de pez hirvientes.

¡Viaje, invención de Satán,  
es veneno que nos dan!

¡Es de la virtud estorbo!  
¡Antes el cólera morbo

que un viaje á San Sebastián!  
Adá, airado y conmovido,

el orador peroraba  
mientras el pueblo afligido

los viajes abominaba  
llorando á moco tendido.

Terminado ya el sermón,  
muy corto en esta ocasión,

fué el Padre á la sacristía  
donde la archicofradía

le iba á hacer una ovación.  
Pero él se pone la teja

y á todos pasmados deja,  
pues, mudo y apresurado,

como á piso redoblado  
de los cofrades se aleja.

Y á un amigo que se atreve  
á preguntarle qué afán

le ha obligado á ser tan breve,  
contesta: «Es porque á las nueve

¡¡¡me voy á San Sebastián!!!

JUAN GIL

## Un loco escapado

(CUENTO YANQUI)

Un loco que acababa de escaparse del manicomio se detuvo ante la verja de un jardín en el que un hombre trabajaba. El recinto estaba bien cuidado; flores y ra-

majes le daban aspecto agradable y coquetón.

—Buenas tardes—el loco dijo al hombre que trabajaba:—Vaya un bonito jardín que tiene usted.

—No es feo.

—¿Hace mucho tiempo que vive usted ahí?

—Cerca de diez años.

—¿Se necesita mucho tiempo para tener un jardín como ese?

—Mucho; empleé aquí todas mis horas de descanso.

—Dí todos modos es una verdadera satisfacción tener al lado de la casa un sitio tan bonito.

—Sí, lo es. Cuando vine aquí esto estaba lleno de basura y de incomodidades.

—Supongo que lo compraría por muy poco dinero.

—No es mía la casa.

—¿No? ¿Por qué, pues, trabaja usted tanto?

—Por qué, naturalmente, la casa es mía hasta cierto punto: mientras pague al alquiler.

—¡Ah! Entonces ni la casa ni el jardín son de usted.

—No; pertenecen al señor Bagley, el banquero. Vive en la esquina; en la casa de los grandes jardines.

—¡Ah, sí! La conozco. Pero empleará una barbaridad de tiempo el señor Bagley en cultivar sus jardines.

—¿Cultivar él sus jardines? Ni por pienso. Para eso paga tres ó cuatro jardineros.

—E itonc s, siendo ese jardín propiedad suya le pagará á usted por su trabajo.

—No; yo le pago por vivir aquí.

—¿Pero le cobrará menos que á los inquilinos que no cuidan el jardín?

—¡Ja, ja, ja! Esté usted de broma. Lo que sucede es que me hace pagar más á causa de las mejoras que ha experimentado la propiedad.

—Pero la casa y el jardín serán algún día de usted.

—Ni pensararlo. Todo lo más que puedo hacer es seguir pagando el alquiler...

El loco abrió la reja, y, dirigiéndose de puntillas y con gran cautela hacia donde estaba el hombre, le preguntó en voz baja:

—Y dime, ¿cómo te las arreglaste para escapar del manicomio?

## A los católicos

Hermanos míos:

Con acerbó oolor veo los justificados motivos que os asisten para estar alarmados y temerosos de una próxima catástrofe, que seguramente hará época en los anales de nuestra historia.

Mi pobre paternidad; hace poco tranquila y reposada en su convento, participa de esos temores y sobresaltos, y presagia un cercano movimiento popular.

A mi modo de apreciar las cosas, se me antoja que la conducta de nuestros gobernantes no tiene más remedio que despertar muy en breve las encarnizadas iras de ese pueblo que, cuando se pone, degüella frailes como si fueran cerdos.

Desearo mi pobre y humilde paternidad que todo buen cristiano que sea sacrificado por las hordas vaya al reino de los cielos lo más puro y perfeccionado posible, voy á trazarles el plan de obligaciones que diariamente han de llenar, de



acuerdo con la obra ascética que escribió años ha el católico Sánchez Rivera:

OBLIGACIONES DEL DIA

Después de seis ó siete horas de descanso, levántate y no te dejes dominar por la pereza. Vístete con el mayor recato, pues te hallas en presencia de aquel Dios ante el cual se encojan los más encumbrados seres fines.

Lo del mayor recato no lo digo yo; lo dice muy oportunitamente el padre Rivera en *El Buen Cristiano*, para que se enteren los católicos sinvergonzones, que lo mismo les da que se les vea la nariz que otra cosa. Cor que mucho ojo, y á taparse para no caer en la desgracia divina.

Antes de comenzar el trabajo, después que te encuentres santiguado, no debes andar con pelillos al decir: «Dios, mío, dígrame bendice este trabajo, y áceptale por los muchos que vos sufristeis por mí.»

¡O, habéis entrado! Pues sigámosle. Una vez concluida la anterior oración, os encaráis con María Santísima en la forma prescrita por *El Buen Cristiano*. (Advierto, tanto á cristianos como á protestantes, que si se permiten sacar, aun cuando no sea más que mentalmente, rotundas interpretaciones á cuanto dejó dicho, les va á marcar el Padre Eterno una de rayos y centellas que no van á quedar ni para tacos de escopeta.)

Haced estas observaciones, prosigamos.

Los buenos cristianos puestos frente á la comida, no deben llenar el ojo primero que la tripa, porque se enoja Dios.

Iguales efectos produce el hecho de tirar ó vender en las traperías los ci zcurris de pan sobrados, como igualmente arrojar á la basura la comida, ya sean lentejas, ya calabaza, ya sean rayos encendidos; pues aparte de que es una mala acción habiendo tanto fraile necesitado, es darle á Dios una cachetada sin mano despreciando lo que le da.

Si hubiese niños á la mesa, los padres deben tener especial cuidado de que no se pongan muy cargantes al pedir tocino y carne, ni que se lo engullan de un tión.

Asimismo cuidarán de inspirarles un vehemente sentimiento religioso, y hacerles decir con el corazón alzado cuando estén hartos de manducatar: «¡Tantos pobres tienen hambre, Señor, y a mí me alimentáis con tan buenos manjares!»

Y si no obedecen, *crujio* limpio.

Ya están impuestos mis amados oyentes en las obligaciones del día. Ahora voy á tratar sobre las tentaciones pecaminosas.

Aun cuando te vieres bloqueado de tentaciones, ni á tiros te turbes: el demonio, dijo San Agustín, semejante á un canato de una cadena, puede ladrar, pero no *apiolarle* de una tremenda caricia. Tan luego te sientas tentado, ármate, no de una toledana ni de instrumento de Eibar, sino de la señal de la cruz, ó en su defecto, si te coge en la calle, toma agua bendita que llevarás en un pucherito, y di interiormente, con la misma violencia que lleva el ferrocarril: «Os amo; Dios mío; dadme vuestra gracia para que nunca os ofenda... Antes me den *mulé* que pecar.»

Si esta invocación no surtiere los efectos apetecidos, recomiendo muy especialmente la que cita el autor de *El Buen Cristiano* para estos casos: «¡Viene Santísima, favorecedme!»

¡Cuidadito con las risitas y con las burlescas interpretaciones! Ya sabéis lo que el Eterno tiene en el poivrtín celestial. Si por desgracia cayerais en la tentación

y cometiérais alguna tunantería, no hay que apurarse por eso; propínosle sendos szotzros y excelentes trompadas marineras en la *jeta*; y después que os hayáis dado una buena estiva, decid como si tuviérais el corazón en dos cachos: «¡Y yo os había dicho hoy mismo palabra de un ca más pecar, eh Dios mío! ¡Y tan pronto he fallado á ella! Soy un pillo, un *chárrán*, un *la tón*, un... cualquier cosa.»

¿Estáis, hermanos míos? Pues á llenar estas sagradas obligaciones para ir puros y sin marcha á la mansión celeste el día que tergan á bien las herdas populares quitarnos la *pellija*, sin olvidar tampoco que el camino más recto y seguro para al carzar la gloria es dejarse degollar con la *risa* en los labios.

Vuestro,

FRAY TRANQUILO

LA GRAN CARRERA

A su padre, que fué un honrado obrero, vióle morir muy pobre, y con coraje no le dijo: «Al que le plazca que trabaje; yo he de ser ó político ó *trero*».

Por falta de valor, fué lo primero, la adulación usó como lenguaje, ofició de doncella, hizo de paje, y apoyó al que le daba más dinero.

Explotó al poderoso con gran tino, al pobre le robó más descarado; un año fué carlista, otro alfinino, y en vez de ser de todos despreciado, como premio de tanto *lesstine*, hoy es rico, banquero y diputado.

C. DE LA CRUZ

IOH TÈMPORAI

Los que tenemos verdadero amor á la religión de nuestros abuelos, y quisiéramos que cada casa fuera un convento y cada convento un verdadero nido de siervos del Señor, repleto de ellos hasta donde lo permitiese su evangélica grosura, no podemos menos de deplorar el estado de decadencia relativa en que se hallan las órdenes monásticas en esta segunda época de su instalación, y los innumerables atques de que son víctimas los mansos corderos cuyo único delito es trabajar sin descanso por la salvación de las almas.

¡Ay! pasaron aquellos felices tiempos en que ser fraile era todo lo que había que ser. Entonces alegraba el alma el espectáculo de aquellos hermosos escudroces de la fe, que servían de escolta para llevar á la hoguera á los impíos herejes que no querían reposar en el seno de la Iglesia.

Entonces un fraile era un verdadero fraile, gordo, sucio, tabacoso y erupante, con una abundante despensa á su disposición, una hermosa clientela de ricos devotos y lindas penitentes, con ancho campo y entrada en todas partes, rico, respetado, querido, mimado por los grandes y los pequeños, verdadero bienaventurado en este miserable valle de lágrimas, bienaventuranza, paz, prosperidad y riquezas con que premiaba Dios por adelantado la abnegación con que despreciaba los bienes terrestres sacrificándolos todo á la mayor gloria suya y bien de las almas.

Pero ahora, ¿qué es un fraile, qué representa un fraile, qué pinta un fraile?

Es decir, pintar si que pinta, y si no

pinta come, que es lo único que estos días ahora no tienen que envidiar mucho á los de antes.

¡Pero en cambio, cuántas amarguras tienen que devorar en silencio! ¡Presenciar el establecimiento de escuelas laicas, sentinas de erupción; la apertura de círculos libepensadores; la publicación de periódicos ateos y corrompido; ver que va más gente al teatro que á la novela; que se leen muchos periódicos y pocas vidas de santos, que se da limosna á los pobres más bien que á los frailes. ¡O! Esto es más doloroso de lo que humanamente puede sufrir un humilde reverendo.

Verdad es que algo se recoge todavía; aún cae algún que otro tonto á quien sacale la mosca; aún hay buenas almas que se dan dirigir espiritualmente y saben desprenderse de algunas miserables ochavos para los siervos de Dios; aún qu dan devotos, aunque algo *recales* y *escamasa*; pero se puede ir viviendo por este lado.

Si la cosa tuviera visos de duración, aún merecía la pena de dedicarse al servicio divino por esa vía; pero nada, nada; esto se va á la carrera; no merece la pena de colgarse los hábitos para tónerse los que remanger el día menos pensado para apretar á correr.

Lloremos, lloremos, y pidámos á Dios que haga un verdadero milagro y mande fugar del Cielo para abrasar á cuantos hacen guerra á los frailes, especialmente EL MOTIN, y que vuelva el mundo á aquel hermoso estado de principios del siglo pasado.

Sin esto no vamos á ninguna parte, y va á ser cosa de dejar la *carrieta*.

UN ACERQUILLADO

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Amigos de San Sebastián, 100 pesetas Manuel Usano, Córdoba, 5; Frutos Tirapo, Uncastillo, 1; Cuatro obreros de Vinaroz, 8.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Barcelona.—Juan Aguiló. Abonada su suscripción a fin Julio 1922.

Uncastillo.—Frutos Tirapo. Id. a fin Agosto 1922.

Valladolid.—B. Vallejo. Id. a fin Diciembre 1922.

Santa Cruz de la Palma.—Antonio S. Casañas. Recibido su Giro de 50 pesetas. Cor forme.

Montijo.—Francisco Zambrano. Id. de 3. Cor forme.

Granollers.—G. Pibernat. Id. de 25 á cuenta.

Valencia.—J. B. I. Id. de 100.

Santander.—Eduardo García. Id. de 9. Cor forme.

Villafraña de los Barros.—José Alfaro. Id. de 8.05 á cuenta.

Utrera.—Enriqueta González. Id. de 2.40. Cor forme.

Barcelona.—Ligero. Id. de 12 pesetas.

Vinaros.—Julio Balsguer. Id. de 14. Gracias.

Clericalismo en solfa

por

JOSE NAKENS.—DOS pesetas.

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2. Madrid.